

Puntualidad, por SANCHA



—¿Qué haces aquí, Pepito?
—Espero á mamá, que me citó á las tres; pero como la conozco, he venido á las cinco y todavía no está.
—¡Ay, no la conoces bastante, hijo mío.

Anuncio libre.

La publicidad es garantía de justicia; auxiliar poderoso del comercio y de la industria, fuente de ilustración, manantial de moralidad, arroyo cristalino...

—¡Para, Sullivan!—Como gritó desde la galería un guasón, en un teatro de Málaga, en viendo á un actor atrevido «haciendo de *Sullivan*, con su esclavina y sus botas altas.» ¡*Sullivan*, la obra favorita de Julián Romea!

Pues bien, me mareo en cuanto empiezo á excederme en el estilo y no tengo más remedio sino parar en seco.

La publicidad es hermosa.

Por ella supimos la entrada de los boers en el país Natal; la retirada de Guerrilla á la Córdoba de sus mayores; las bodas de unos, el alumbramiento de otro y su primera cura en la Casa de Socorro del distrito correspondiente; el empleo, la cruz, la *paté* que se concede á unos y á otros, respectivamente á su clase y merecimientos... *¿no?*

Sin el anuncio no habría las facilidades que hoy encuentran los comerciantes, las empresas de teatros, las nodrizas, los autores, los cómicos, los oradores sagrados ó profanos del todo, para vender, declamar, criar en casa de los padres ó en casa con dos puertas, con el aprovechamiento debido.

—No anuncie usted y se cae.

Este aforismo particular, es de un tendero mi amigo, muy afecto á la publicidad.

Como que en cierta ocasión cerró por algunas horas su establecimiento y en un cartelito comunicó á los parroquianos y amigos:

«Cerrado hasta las seis de la tarde para dar lugar al feliz alumbramiento de los dueños.»

Sin el anuncio ¿cómo habría de saber el hombre de la existencia de restaurants benéficos, en los que por dos pesetas, le brindan con ocho platos, cuatro postres, vino y pan á discreción y entremeses en verso?

Allí la rica sopa de tortuga consorte; el deleitoso Chateaubriand con «trusas de Perogordo»; la lubina parlante, el flan de Altos Hornos...

Gracias á la publicidad se entera el ciudadano necesitado, de la existencia civil y criminal de varios restaurants y de diversos manjares desconocidos hasta el día para los parroquianos y para la muchedumbre indocata.

Por los anuncios, sabemos dónde vive un dentista, dónde un pedicuro; dónde están los teatros, lo que *echan* en los teatros, á quién echan de algunos teatros, que es al público.

Por los anuncios sabemos que ya no quedan más sordos, que los peores, los que no quieren oír, puesto que un especialista ó varios especialistas «han dado el grito» de

«No más sordos!»

Sabemos que no se conservan más calvos que los escapados milagrosamente del furor de algún autor de específicos, que escribe furioso:

«¡No...más calvos!»

Los anuncios nos guían á las almonedas de todo, á las farmacias en busca de grageas, cápsulas, sellos para combatir y curar la *migraine* y los cólicos del *Trovador* y de *Traviata*, y la *almorra...vanes*, según las titulaba un farmacéutico sumamente discreto.

Todo esto es verdad, pero...

Se vé á diario algún anuncio, bien sea en la prensa ó bien en la tribuna, ya en la cuarta plana como en las esquinas y en los *templos de desagüe público* particularmente, que ponen *le poil en point*—frase de un eminente publicista.

Anuncios que no debieran llegar á la vista de señoritas y niños ni menores de ambos sexos.

Anuncios que en los adultos é inteligentes ponen espanto.

¡Ah! Si las autoridades sufrieran idénticas necesidades que los demás mortales, y vieses en estos *centros de liquidación* libre, ciertos anuncios!...

Saldrían horrorizadas.

«Basta de pur...»

Se supone que de purgas.

«¿V... S...? ¿... I...?»

¡Oh, dioses! ¡No hay escape: ¿ó E. ó I. ó S. V.?

¡Horrible dilema!

—¡Espantosas cápsulas ó cláusulas!—como decía Mariano Antón (Q. E. P. D.).

Buena es la publicidad, bueno el anuncio.

Pero sin abusar de la timidez y de la inocencia de las gentes.

EDUARDO DE PALACIO

Tête-à-tête.

—Y bien; solos estamos después de haber tenido aquella escena donde yo demostré mucha templanza y usted mucha violencia.

El momento era grave; yo quería contenerme á mi vez, porque si hubiera recogido en el acto sus insultos nos hubiéramos roto la cabeza.

Afortunadamente, pude entonces mis nervios suavizar como la seda, y aguanté sus desplantes y sus gritos por ella nada más; sólo por ella.

No trato de negar lo que sería negar ya la evidencia;

usted nos sorprendió cuando del crimen dimos los dos irrecusable prueba.

Ahora que ya ha pasado aquel momento, más espantoso aún por la sorpresa, cálmese usted y á ver si aquilatamos el valor efectivo de la ofensa.

¿Usted la quiere? No; ni la ha querido; porque si la quisiera,

en vez de abandonarla de ese modo dejándola sumida en la tristeza,

sufriendo las nostalgias amorosas que sufre una mujer joven y buena que se casa soñando con un mundo de goces puros y de dicha eterna,

la hubiera usted tratado de otra forma siendo el esclavo usted y ella la reina.

Pero en vez de cumplir con todo eso le gasta usted su hacienda

pasándose la vida entre mujeres que venden sus caricias á peseta,

jugando al *baccarat* en el Casino ó entre chulos metido en la taberna;

dejando que las luces de la aurora enmedio de la calle le sorprendan

para llegar á casa sucio, roto, apestando á licor desde una legua,

con el cuerpo rendido y la mirada estúpida y obscena,

llevando los vapores de la orgia al lecho donde duerme la inocencia.

¿Es esa la verdad? ¿Puede usted acaso decirme que exagero ni una letra?

¿No lleva usted dos años de esa vida que maldito si en algo le avergüenza?

¿Que usted le hizo el depósito sagrado del honor de su nombre? ¿Quién lo niega?

pero usted es el primero que ese nombre con rufianes y chulas pisotea.

¿Que usted es hombre y los hombres por lo mismo tienen derecho á hacer lo que ellos quieren,

sin que la sociedad se escandalice ni formule por eso su protesta?

Me parece muy bien y no me asombro de que tal injusticia se cometa;

pero al lado de absurdo tan horrible se levanta con fuerza

la figura radiante de la esposa que ilumina el hogar con su presencia,

y que tiene la fuerza del derecho si usted tiene el derecho de la fuerza.

Pero si á más de que el marido falta también el hombre sin su amor la deja, ya que merma el derecho de la esposa ¡no le niegue el derecho de la hembra!

FÉLIX LIMENDOUX

París al vuelo.

¡El ocultismo! Si, el ocultismo ó la *ciencia maldita*, ó como ustedes quieran llamarle. Y en pleno París nada menos. En la rue de Savoie hay una escuela ocultista, donde se enseña la Kábala, la Astrología, la Alquimia, las Artes evocatorias, los misterios de las lenguas antiguas, la magia blanca... Para aprender todo esto se requiere ser un *iniciado*. ¿Y qué es un *iniciado*? Un hombre que *sabe*, un hombre que se *atreve*, un hombre que *quiere*. Lo cual, como ustedes ven, no puede ser más claro. Como un artículo de Miguel Unamuno ó una poesía de Lugonés, vate argentino, de la escuela *rubendariaca*. No se crea que se trata de magos de *brasserie*, de *jongleurs* ó de echadoras de cartas. No.

Los que enseñan todos esos *infundios*, que dicen en Andalucía, son verdaderos sabios que no usan ni bonetes, ni barbas de nigrománticos, ni melenas de músicos, ni actitudes de pitonisa. Según cierto diario parisiense, uno de esos profesores (porque son tres, como los ratas de *La gran vía*,) Barlet, «es el cerebro más sólidamente metafísico que ha producido Francia, después de Hipólito Taine», ó *Enrique Taine*, como le llama Palacio Valdés en el prólogo de una de sus novelas. Es el autor de *La Evolución de la Idea*, que yo no he leído. (Aprenda modestia doña Emilia).

Al decir de aquel diario, á Barlet nadie le conoce en Francia; pero —y váyase lo uno por lo otro— en Alemania se le cita á menudo y se le alaba... en latín, para mayor claridad: *vir egregius, vir eminentissimus*...

Lo mismo ocurre con *Larmy*, autor de las *Mujeres del Evangelio*: es muy conocido en la América del Sur, y casi nadie sabe de sus sonetos bíblicos en España. *Larmy*, en cuanto á poeta, no vale más que Grilo. Otro de los profesores ocultistas, se oculta, claro, bajo el pseudónimo de *Papus*. Es discípulo del Dr. Luys, autor de un libro sobre el cerebro y sus funciones, que he leído.

Papus tiene treinta años y ha escrito más que doña Emilia —¡escribir es!— aunque mucho mejor. Ha escrito, sobre todo, principalmente de filosofía. «Abismo de erudición» llama ese mismo periódico á *Sedir*, el tercero de los ratas, digo, de los profesores de la escuela ocultista. Cuenta veintiocho años (parezco una estadística), y, amén de saberse de memoria á los místicos alemanes, habla el hebreo y el sánscrito como hablo yo el español.

El teatro en Francia no está en decadencia, como suponen muchos, como no lo está tampoco en España, dijere lo que dijere el difunto Cañete (que en sus crónicas teatrales descansa). El verdadero teatro español del día hay que buscarle, no en lo dramático, sino en lo cómico. No crean ustedes que por aquí abundan los Vital Aza, quien, para mí, ha sido, y sigue siendo, uno de los ingenios más graciosos, espontáneos y originales de Europa (sin hipérbole). Cuando presumimos de trágicos, la echamos á perder. No somos trágicos sino cuando nos tiramos los trastos á la cabeza. Nuestra índole no es *lirica*, sino *cómica*, á no ser que se confunda el lirismo, el *auténtico*, con la retórica. Entre los franceses noto algo de eso también. Sus mejores obras escénicas son las cómicas, incluyendo la comedia sentimental.

Puede que entre los modernos, sólo Henri Becque pueda merecer con justicia el calificativo de *dramático*. Por eso, tal vez, no gusta, como debiera, Shakespeare, cuyo *Otelo*, representado no ha mucho, despertó en el público un movimiento de repulsión.

—¡Matar por celos! ¡Qué salvaje! Claro, en el país clásico del *ménage à trois*!

En cambio, cómo gusta lo picaresco, lo jocoso, lo *blague*, lo pornográfico. *La dame de chez Maxim's*, cuya protagonista es una coqueta del *Moulin Rouge*, y *Le Vieux Marcheur*, cuyo protagonista es un viejo libertino, llevan ya centenares de representaciones. Ambas piezas *copian* la vida parisiense con su falta de sentido moral, con sus chistes licenciosos, con su descaro nativo, con su burla fina, superficial y clástica de lo convencional y falso. Los autores no se andan con paños calientes. Dicen las cosas como suena. *Le mot de Cambonne* vibra claro y argentino en la boca de la protagonista en *La dame de chez Maxim's*, sin asombro de nadie, antes con regocijo de todos. *Allez, donc, c'est n'ets pas mon père!* (Traducción libre: ¡Viva la Pepal!).

Por muchas razones que sería largo explicar, en París la sensibilidad está como embotada. Mucho de eso que algunos llaman *refinamiento* no es sino neurastenia. Se vive mucho y muy deprisa, y el pobre sistema nervioso paga el pato. De aquí que lo muy hondo, lo verdaderamente complejo (no lo *retóricamente* complejo, á lo Paul Bourget) apenas asoma la cabeza en el teatro.

Las comedias sentimentales de Porto-Riche, autor que me gusta mucho, no contienen ningún problema psicológico íntimo, ningún carácter de esos que *quedan*; son enredos amorosos, más bien lascivos, de gente *blasée*, habituada á cambiar de amores como de camisas. Reflejan admirablemente la *temperatura* fisiológica; la ligereza de esta alma francesa, móvil y tornadiza, incapaz de sentimientos arraigados y de inconsolables tristezas.

La mujer engaña al marido, el marido engaña á la mujer, y aquí no ha pasado nada. No corre una gota de sangre. Un análisis minucioso de la sensación nos daría la clave de esta indiferencia de los espíritus, de este impulso de la carne en esta Gómorra del cuerpo y Jerusalem de la inteligencia.

El atractivo que pudiera tener el adulterio—el marido—no existe, desde el momento en que éste deja de ser un obstáculo. No hay

drama posible donde la pasión no tropieza y lucha. Un marido que se va, cuando entra el amante (cosa corriente en París) tiene que convertir forzosamente en comedia ó en sainete la infidelidad de la esposa.

El chiste de Quevedo es también aplicable á Francia: «Llegará día en que se aren los campos con maridos.» Y los amantes llevarán el agujón.

Si algún francés que me lea, se atufa, le recomiendo la lectura de *Notes sur Paris*, de Taine. En ese libro encontrará observaciones como esta: *En toda francesa hay una madame Bovary*.

Cuestión de raza y de temperamento. No censuro, *constato*, como diría Unamuno.

FRAY CANDIL

Fruslerías.

Que el Señor á sus ruegos no accedía ayer al confesor le dijo Irene, y el confesor le dijo: —Hermana mía, sólo concede Dios lo que conviene.

É Irene, que jamás ha conseguido que un hombre en conquistarla se entretenga, hoy dice con acento conmovido: —Señor ¡dámme cuanto antes un marido... aunque no me convenga!

Me ví obligado á marchar hace algún tiempo á París y fuí sin saber hablar el idioma del país.

—¿Quién me entenderá, decía, hablando sólo español?— Y cuando esto me ocurría ví á una mujer como un sol.

Con el mayor interés ciego de amor la seguí y aunque me miró en francés... ¡En seguida la entendí!

No te extrañe, mi bien, que haya acertado tu sueño, sin que tú me lo dijeras, pues cualquiera lo hubiese adivinado. Si te levantas tarde y con ojeras, ¡cómo no he de saber lo que has soñado!

Aunque está lejos el día de nuestro enlace esperado, para cuando seas mía todo está ya preparado.

La casa, que ha de ser nido de incomparables venturas; tu tocador, tu vestido, los muebles, las colgaduras, la cubierta que has bordado para cubrir nuestro lecho y el azahar que has comprado para lucirlo en tu pecho.

Ya nos podemos casar en paz y en gracia de Dios. ¡Lo de menos, es pensar si nos queremos los dos!

—¿Qué harás si yo me muero?— me suele algunas veces preguntar, y pensando en lo mucho que la quiero, yo le respondo:—Espero que si te mueres tú, te iré á buscar.—

También yo he deseado hacerle igual pregunta más de un día, pero he tenido miedo y he callado. ¡La quiero demasiado para querer saber lo que ella haría!

ALBERTO CASAÑAL SHAKERY



Allí estaban las de Picadillo, las duquesas de Escupejumos y las otras y las condesas y las marquesas y los pimpollos...

¡Ah! Se cantaba *Rigoletto*.

—Hoy por hoy, estoy con el Sr. Silvela.

—Bien, general.

—Sin perjuicio...

—¿De banderillar?

—De que si mañana me cansa, se lo diga cara á cara.

—¡Olé, los hombres *reptos*!

El Obispo de Oxford, muy señor nuestro, ha recordado al Emperador Guillermo, que la primera vez que visitó el castillo de Windsor

y fué en 1863; es decir, cuando el entonces Kromprinz tenía cuatro años.

¡Qué recuerdos!
Según el señor Obispo, Guillermo mordió en las pantorrillas á sus señores tíos; que no le dejaban moverse y jugar.

Cosas de criaturas.

Un esteta.—¡Los boers han roto un globo aereostático á balazos!
Otro ídem.—¡Ay! ¡Chico! ¡Qué puntería tienen esos indios!

—¿Ha visto usted á los hermanos Alvarez y Quintero?
—No señor, ¿dónde?
—Si vé usted cómo aciertan.
—¡Ah! También aciertan los hermanos Perrín y Palacios.
—Esos no son hermanos.
—Si, señor, en letras.

Primer certamen del Madrid Cómico

Señores: Tenemos el honor de participar á ustedes que hemos pensado abrir un concurso, con las circunstancias siguientes:

Ofrecemos un premio al individuo que, con más ingenio y más gracia, conteste á esta pregunta:

«¿CUÁL ES LA MAYOR INOCENTADA?»

Las respuestas han de ser sumamente breves, admitiéndose como máximun tres líneas de prosa ó una quintilla *en verso*.

Y habrán de remitirse galantemente acompañadas de las señas del domicilio y de la firma completa del autor.

El que no supiere escribir su nombre, que escriba otro nombre cualquiera.

La publicación de las contestaciones, comenzará en el número próximo y terminará en el del 30 de diciembre, que es el más inmediato al día de Inocentes, en honor de los cuales abrimos el concurso.

Respecto al plazo de admisión, la respuesta que no haya llegado á nuestras pecadoras manos antes del martes 26 de diciembre, podrá volverse por donde haya venido, pues ya no será recibida.

El premio consistirá (¡friolera!), en la publicación de la caricatura del agraciado hecha por Cilla, Sancha, Navarrete, Rojas ú otro de los artistas que nos dibujan; más la suscripción al MADRID CÓMICO por un año; más una pareja, no amorosa ni de la guardia civil, sino de figuras de porcelana.

Oportunamente publicaremos los nombres de los jueces que han de intervenir en el asunto.

A los guasones (¡nunca faltan!) aficionados á enviar á estos certámenes respuestas... impúdicas, les rogamos que se abstengan de hacerlo; porque no habiendo de publicarse sus engendros ¿qué van ganando con molestarse? ¡Nada!

Vengan, pues, contestaciones ingeniosas y Dios nos dé salud para ver el feliz término del concurso. Amén.



JUSTO CABAL.—*Barcelona.*—A los nombres Pura y Casta se les ha sacado ya punta en todos los tonos imaginables. En la forma de los versos de usted, hay incorrecciones mayúsculas. Y en el fondo no hay ni eso siquiera. ¡No se vé nada en el fondo!

J. DE H.—Según nuestra humilde opinión, cuando las tonterías están expresadas con gracia, dejan de ser tonterías. Sería preferible recibir atrocidades; porque podrían ser desechadas desde luego sin remordimiento alguno.

KLEIS.—Lástima que no esté mejor explotado el asunto de la viuda y el amigo, porque tiene su miaja de gracejo y todo; sí, señor.

PIERROT.—Es desesperante esto de recibir composiciones que están bien hechas, pero que no tienen saliente. Sería preferible recibir atrocidades; porque podrían ser desechadas desde luego sin remordimiento alguno.

J. VENENO.—Ni fú, ni fá.

J. M. G.—Ni fá, ni fú.

MISTER A.—*Málaga.*—Si tuviera el romance tantos chistes como incorrecciones, ¡buen ratico de risa pasaría el lector!

R. M. B.—Tenemos el gusto de participar á usted que hemos recibido sus *Cabos sueltos*.

Así como hay muchos cabos que son valientes ó bravos, no es la cosa más corriente que un cabo sea inocente, y esos cabos que ha hecho usted son inocentes *per se*; por lo cual no hay que dudar que no se han de publicar.

G. F.—Sí, señor, se publicará *El reparto*, si el tiempo lo permite.

UN MAL PRINCIPIANTE.—*Córdoba.*—La descripción del *esteta* es demasiado viva. A los cantares y á las otras composiciones les pasa lo que á los que están buenos, gracias á Dios. ¿Sabe usted lo que les pasa? Pues que... *no tienen novedad*.

PAN FILO.—Los versos de usted tampoco la tienen. Y aparte de esto, á un poeta que se firma *Pan* hay que exigirle versos que tengan *miga*.

M. F. C.—*Zamora.*—Haremos un huequecillo á los epigramas.

F. H. A.—Los cuentos requieren dos condiciones: primera, tener gracia; segunda, estar bien contados. Ese de usted no está bien contado; pero, en cambio, tampoco tiene gracia.

A. C.—Hemos visto cosas de usted mejores que *La decepción*. ¿Por qué razón nos manda usted lo menos bueno? ¡Esa conducta es criminal!

J. C.—Si le dijésemos á usted que esas quintillas eran malas, mentiríamos como bellacos. Pero para ser publicadas aquí, necesitarían tener más fuerza. Y no es que pretendamos comparar las quintillas con los mozos de cordel. Es que... en fin, ya nos comprende usted.

SANTOS ZERAUS.—Dice usted en su quisicosa:

«¿Quién resistir podría sin sonrojos la mirada expresiva de tus ojos?»

¡Vaya usted á saber quién podría resistirla! ¡Porque hoy hay gente para todo!

MADRID: 1899.—Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4.

MADRID

Tres meses, 2,50 ptas.—Seis id., 4,50.—Año, 8.

PROVINCIAS

— Semestre, 5 ptas.—Año, 9. —

Anuncios españoles: Pesetas 0,25 línea.



UNIÓN POSTAL

— Un año, 15 pesetas. —

VENTA

Número corriente, 0,15; atrasado, 0,25.

Anuncios extranjeros: Francos 0,25 línea.

PASTILLAS BONALD (DE COCAINA CLORO-BORO-SÓDICAS) Núñez de Arce, 17.

PETRÓLEO GAL PARA EL PELO Echeandía, ARENAL, 2.

LORENZO PÉREZ

SASTRE

(ANTIGUO CORTADOR DE LA CASA MUNSURI)

Montera, 8, entresuelo.

UNIFORMES CIVILES Y MILITARES * LIBREAS * ABRIGOS DE SEÑORA

Tiene esta casa tal precisión en las medidas y perfección en el corte, que prenda que hace puede tenerse la seguridad, que garantiza, de que es completamente nueva, pues jamás saca composuras, que son las que hacen que la ropa parezca usada antes de estrenarla.

BERNABÉ MAYOR

3, ESPARTEROS, 3

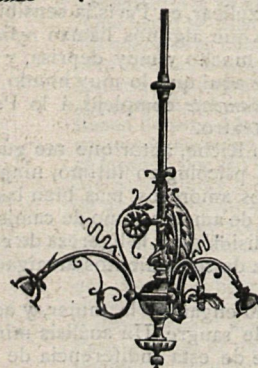
MADRID

Almacén de material y aparatos para telefonía, telegrafía, campanillas, pilas, hilos cables, pararrayos, etcétera, etc.

Ferretería, metales, utensilios de cocina.

LUZ ELÉCTRICA

Catálogos ilustrados gratis.



MATÍAS LÓPEZ.—Chocolates, Cafés, Dulces.—Oficinas: Palma Alta, 8.—Depósito: Montera, 25.